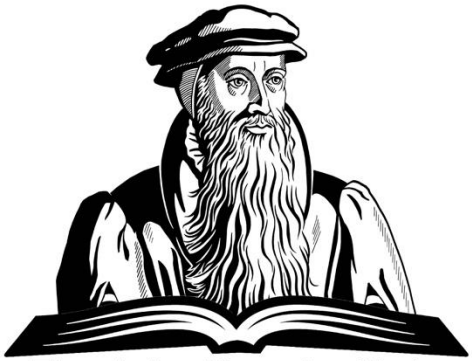
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:

EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 26:
LA SANTIFICACIÓN

Pregunta 35



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

26 LECCIÓN

LA SANTIFICACIÓN

P. 35. *¿Qué es la santificación?*
R. La santificación es una obra de la libre gracia de Dios, por la cual somos renovados en todo nuestro ser a la imagen de Dios, y somos capacitados cada vez más para morir al pecado y vivir para la justicia.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 26:

Hasta ahora, hemos contemplado dos grandes bendiciones de la salvación. Hemos considerado la justificación y la adopción. Si esto fuera todo lo que los creyentes experimentaran en esta vida, su vida sería de bendición inconmensurable. Sin embargo, el Señor concede otra bendición en este tesoro de salvación, y esa es la santificación. «Santificación» es otra palabra de gran peso. Proviene de «santificar», que significa «separado». En la Biblia, cuando algo es santificado, esto significa que se separa para Dios y para Su servicio. Esto está relacionado con la palabra «santo». Cuando algo es santificado, entonces es santo, o separado para Dios. Ya no debe ser usado para cosas comunes, y ciertamente no debe ser usado para cosas pecaminosas. Podemos ver una ilustración de esto en el aceite de la unción usado en el Antiguo Testamento. Observa Éxodo 30, versículos 25 al 29: «Y harás de ello un aceite de santa unción, un ungüento superior según el arte del perfumador: será aceite de santa unción. Con él ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelabro con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente con su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellas será santo». El aceite era santo,

por el propósito de Dios. Estaba apartado para el uso de Dios, y era usado para santificar otras cosas para Su servicio: el altar del incienso, el altar del holocausto, e incluso al sacerdote. Todo esto nos ayuda a comprender la idea de santificación. Dios, quien es santísimo en sí mismo, aparta a Su pueblo para Sí mismo y los hace como Él—santos.

Si lees el Nuevo Testamento, notarás que los miembros de la iglesia son frecuentemente llamados «santos». Literalmente, esta palabra «santos» significa «los que son santos». Los creyentes son aquellos a quienes Dios ha santificado y está santificando.

Veamos la pregunta del Catecismo, pregunta 35: «¿Qué es la santificación?». «La santificación es una obra de la libre gracia de Dios, por la cual somos renovados en todo nuestro ser a la imagen de Dios, y somos capacitados cada vez más para morir al pecado y vivir para la justicia». Ya hemos hablado sobre las palabras «santificar» y «santificación». así que dividamos esta lección en tres partes: primero, *el propósito de la santificación*; segundo, *las partes de la santificación*; y tercero, *el progreso de la santificación*.

1. El propósito de la santificación

Primero, *el propósito de la santificación*. Si queremos entender algo, es útil considerar su propósito o meta. Por ejemplo, si estamos emprendiendo un viaje, necesitamos saber nuestra meta o destino. Cuando vemos a dónde nos dirigimos, esto nos ayuda a entender el camino que debemos tomar para llegar allí. Pues bien, la santificación tiene un propósito. Lo podemos ver en el Catecismo cuando dice: «Somos renovados en todo nuestro ser conforme a la imagen de Dios». Esto significa que Dios nos está haciendo más como Él. Su propósito es que nosotros, y todo lo que somos, lo reflejemos mejor y llevemos Su imagen fielmente mientras lo servimos. Por supuesto, el hombre fue creado a la imagen de Dios. Sin embargo, por el pecado, el hombre ha arruinado y desfigurado esa imagen.

Probablemente has visto estatuas antiguas. Algunas de ellas han perdido sus manos, otras han perdido sus narices, y otras carecen de una pierna, pero aún puedes distinguir lo que se suponía que debían ser. Pero ya no reflejan esa imagen en toda la belleza que alguna vez tuvieron. Pues bien, esto es como el hombre caído. Él es una imagen arruinada de Dios. El pecado lo ha corrompido y arruinado, de tal manera que la imagen de Dios ya no se ve en toda su belleza. De hecho, el hombre peca tanto que distorsiona ese reflejo de Dios, lo cual es una de las razones que lo hacen tan malvado.

Pero Dios ha tenido a bien renovar y restaurar esta imagen en Su pueblo. Esta es una razón por la que al cristiano se le llama «un hombre nuevo». Observa cómo Pablo aborda esto en Efesios 4, versículos 22 al 24. Él escribe: «Que en cuanto a vuestra pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». El nuevo hombre que los creyentes se ponen es creado en justicia y verdadera santidad según (es decir, conforme a) Dios. En otras palabras, Dios es justo y santo. La santificación hace que Su pueblo se asemeje a Él en justicia y santidad. Pablo dice algo similar en Colosenses 3, versículo 10: los creyentes «se han revestido del nuevo hombre, que se va renovando en conocimiento conforme a la imagen del que lo creó». En otras palabras, el

propósito de la santificación es portar la imagen de Dios real y verdaderamente; el creyente llega a conocer a Dios y, por gracia, llega a asemejarse a Él.

Nota que esto abarca a todo el hombre. No se trata solo del desempeño externo de acciones o de las palabras que hablamos, aunque ciertamente incluye esas cosas. Pero también incluye todo el ser: pensamientos y deseos tanto como palabras y acciones. El propósito de la santificación es renovar a todo el hombre para reflejar y portar la imagen de Dios fielmente, mientras vamos conociéndolo, confiando en Él, amandolo y sirviéndolo.

2. Las partes de la santificación

En segundo lugar, *Las partes de la santificación.* «La santificación es la obra de la gracia de Dios», que nos hace más como Él es. Esto puede verse de dos maneras principales. La primera es en lo que dejamos de hacer, por Su gracia. Y la segunda es en lo que empezamos a hacer, por Su gracia. Observa lo que dice el Catecismo: «por la cual… somos capacitados cada vez más para morir al pecado y vivir para la justicia». Estas dos partes—morir al pecado y vivir para la justicia—nos ayudan a considerar más claramente la obra de gracia de Dios en la santificación. Veamos cada una de estas en ese orden: primero, morir al pecado, y en segundo lugar, vivir para la justicia.

Morir al pecado. Aunque los hombres en este mundo estén físicamente vivos, aparte de la gracia de Dios están espiritualmente muertos. Efesios 2 lo dice de manera muy clara. Pero esto no debe llevarnos a pensar que el pecado yace inactivo como un cadáver. El pecado es activo, pero no de una manera que dé vida, sino más bien como una infección o un cáncer que corrompe activamente al individuo. Todo lo que toca, lo arruina y destruye. Daña y hiere, retuerce y distorsiona los deseos del hombre, haciéndolo amar lo que es malo y aborrecer lo que es bueno.

La mala noticia es que el pecado no está contenido en una sola parte del hombre; sino que más bien, todo su ser ha sido infectado y corrompido por el pecado. Este es el testimonio de Dios contra el hombre, en Génesis 6:5: «Vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal».

La justificación nos perdona todos nuestros pecados y nos imputa la justicia de Cristo, de manera que seamos declarados justos ante los ojos de Dios y aceptados por Él. Sin embargo, la justificación no quita nuestra propia corrupción personal; no corrige ni transforma nuestros deseos torcidos. Pero la buena noticia es que Dios sí trata con nuestros deseos y pensamientos pecaminosos y lo hace en la santificación.

En su obra de santificación, Él hace que su pueblo muera al pecado. ¡Y vaya expresión! «morir al pecado». Así es como Pablo habla de los creyentes en Romanos 6:11, él exhorta a los creyentes diciendo: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». Desafortunadamente, el pecado aún está activo en el creyente. Sin embargo, el creyente debe morir a él. Ya no debe ser atraído por él, ya no debe escucharlo, ya no debe obedecerlo. Podríamos pensarlo de esta manera: cuando un ser humano muere físicamente, su cuerpo ya no responde a las cosas que lo rodean. Ya no se deleita en la belleza del atardecer. Ya no se emociona con las conversaciones de los demás. Es insensible a esas cosas. Pues bien, de la misma manera, el creyente debe morir a los falsos encantos y placeres del pecado. En un momento hablaremos sobre cómo sucede esto, pero por ahora simplemente notemos que

Dios concede a los creyentes el privilegio de morir al pecado, cada vez más, día tras día. Ahora bien, hay otra parte o lado de la santificación:

Vivir para la justicia. Si pensamos en la primera parte, «morir al pecado», como algo que nos dice lo que no debemos hacer—no debemos vivir para el pecado—podemos pensar en la segunda parte, «vivir para la justicia», como lo que sí debemos hacer. El creyente es transformado para decirle «no» al pecado. Y junto con esto, es transformado para decir «sí» a la justicia. La justicia se refiere a lo que es recto o bueno—no a los ojos del hombre, pues el hombre es un juez falso—sino a los ojos de Dios, quien es el único estándar de justicia. Los pecadores no aman lo que es justo; lo aborrecen. Muchos, sin embargo, pretenden ser justos. Y pueden estar sinceramente preocupados por su apariencia exterior ante los demás, y por eso hacen cosas que impresionan externamente. Pueden servir a otros, pero nunca lo hacen porque amen a Dios. No lo hacen porque amen la justicia tal como Dios la define. No hacen lo correcto porque aman a Dios. Muchos de los fariseos eran así. Iban a la sinagoga, oraban, estudiaban la Biblia, se conducían con dignidad externa. Sin embargo, Cristo veía a través de todo esto. En una ocasión, los llamó «sepulcros blanqueados» o «tumbas labadas». Por fuera lucían gloriosos, pero por dentro estaban corrompidos—llenos de huesos de muertos.

La obra de santificación de Dios no nos hace fariseos. En cambio, nos hace amar la justicia y vivir para la justicia en todo lo que somos, en nuestros deseos y en nuestras acciones, así como en nuestros pensamientos y palabras. Más aún, la santificación nos lleva a amar estas cosas. Pablo lo declara en Romanos 7:22: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios». Habiendo sido transformado por la gracia de Dios, el creyente ahora se deleita en la voluntad de Dios—su ley, que es exactamente lo que Dios prometió hacer por su pueblo en Jeremías 31:33: «Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo». En otras palabras, Él los transforma desde dentro. Los lleva a amar la justicia, lo cual los lleva a caminar en el camino de la justicia. Y todo esto es por su gracia.

3. El progreso de la santificación

En tercero lugar, *el progreso de la santificación*. Cuando Dios convierte a un pecador, Él lo aparta de su antigua forma de vida. Así, el creyente, tan pronto como cree, es ahora santificado, es decir, es apartado para Dios. Sin embargo, esto no significa que ya ame plenamente a Dios, ni que todos sus deseos y pensamientos estén perfectamente conformados a la ley de Dios. De hecho, Pablo dijo que él se deleitaba en la ley de Dios según el hombre interior, pero que aún luchaba con la realidad de que aún pecaba. Así que, aunque el creyente ya ha sido santificado (apartado para Dios) es necesario que Dios continúe su obra de santificación en él. Y esto es lo que Dios hace a lo largo de la vida del creyente. Él sigue haciendo que el creyente crezca en semejanza a Dios y en intimidad con Él. En otras palabras, un creyente será más parecido a Dios al final de su vida que cuando fue convertido por primera vez. Esto es porque Dios obra progresivamente en la vida del creyente. No lo hace perfectamente santo en sus pensamientos, palabras y acciones al principio de la gracia. En cambio, comienza una obra que continuará todos los días de su vida.

Debemos recordar que esta obra no será perfecta en esta vida. Incluso el cristiano más santo seguirá enfrentando tentaciones y pecados. La plena perfección de la santidad llegará a nuestras almas en la muerte, y a nuestro cuerpo y alma juntos en la resurrección de los muertos. De hecho,

más adelante hablaremos con mayor profundidad sobre estas verdades. Pero por ahora, simplemente nota que el creyente crece genuinamente en santidad a lo largo de toda su vida. Así expresa Pablo esta verdad en Filipenses 1:6: «Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo». Nota que la obra ya ha comenzado, pero aún no está concluida, y sin embargo continuará hasta el final.

Además, esto nos recuerda que es Dios quien obra en nosotros: Es su obra en nosotros. No somos la causa ni el autor de nuestra santificación. Más bien, es una obra de gracia de Dios en nosotros. Una vez más, en Filipenses, esta vez en el capítulo 2, versículo 13, leemos esto: «Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Aunque es cierto que somos activos (pues es su gracia la que nos capacita para desear y escoger lo que es conforme a Su voluntad), es Dios quien nos da la capacidad para hacer esto.

Ahora bien, la santificación es una obra de la gracia de Dios. Pero, ¿cómo es que Dios hace que esto suceda en nosotros? Es el resultado de Su propósito eterno de salvarnos, y ocurre a través de nuestra unión y comunión con Cristo. Esto es lo que Cristo quiso decir cuando se comparó a sí mismo con una vid y a su pueblo con las ramas que dan fruto. En Juan 15:5, Él dice: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer». No te pierdas del aliento aquí, si eres creyente. Cualquiera que permanezca, es decir, que habite en Él por la fe, y tenga comunión con Cristo, «llevará mucho fruto». Esta es una promesa grandiosa, digna de nuestra meditación y oración, pidiendo a Dios que la cumpla en nosotros. En otras palabras, Cristo nos provee de Su gracia para vivificarnos a una vida santa y fructífera para la gloria de Dios. Pedro expresa esta misma idea en 2 Pedro 1:2-3: «Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús, como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó por su gloria y excelencia». Todo lo necesario para vivir una vida de piedad nos es dado a través del conocimiento de Jesús, nuestro Señor.

Podríamos decirlo así: no hay santidad aparte de Jesucristo, porque Dios nos provee de todo lo necesario para una vida de piedad únicamente en Cristo. Él es la fuente u origen de toda santidad y santificación. Por eso, Pablo puede escribir en 1 Corintios 1:30: «Mas por Él [es decir, por Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». Cristo es la fuente de nuestra sabiduría, de nuestra justicia y redención. Él es todas estas cosas para nosotros. Pero observa que también es nuestra santificación. Esto significa que no hay crecimiento en santidad sin una relación con Cristo, una relación tal que no sea solo de nombre o de palabra, sino una relación tal que, por la fe, estemos en Él y recibamos de Él todo lo que Él provee.

Ahora bien, ¿cómo hacemos esto? Como hemos notado, lo hacemos únicamente a medida que Dios nos muestra Su gracia. Pero al darnos Su gracia, observa lo que Dios hace que suceda. Ya hemos visto en 2 Pedro 1 cómo Dios nos dirige hacia Cristo. Ahora, en 2 Pedro 1:4, notemos que dice: «Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia». En otras palabras, Dios nos ha dado estas promesas, grandísimas y preciosas, como dice Pedro, y debemos depender de ellas, creerlas, llevarlas ante el Señor y reclamarlas delante de Él, pidiendo Su provisión misericordiosa de todo lo que ha prometido. Y al hacerlo por Su gracia, recibiremos el beneficio de ellas, y creceremos a medida

que Él nos provea de todo lo que ha prometido, por medio de la fe en Cristo. ¿Cómo es que Dios hace que esto suceda? Su gracia nos dirige siempre hacia Cristo y coloca en nuestras manos promesas que llevamos ante Él y decimos: «Cumple lo que has prometido». Y por Su gracia, Él responde a esas promesas.

Bien, concluyamos con algunas aplicaciones.

Primero, encontramos aquí un aliento para el creyente. Un gran problema que el creyente enfrenta es que se mira a sí mismo y dice: «Oh, no soy lo que debería ser». Pero aquí tenemos un gran consuelo, pues se te ha dado el inmenso y hermoso privilegio de ser santificado. Y esto ya ha comenzado. Pero recuerda que en esta obra de gracia, Dios continúa transformándote a ti, a ti que una vez fuiste un rebelde, para que ahora seas un reflejo brillante de Él mismo. El mundo puede no ver esto como un privilegio, pero la eternidad demostrará que esta es una bendición sumamente rica, que seamos hechos semejantes a Dios en santidad, que llevemos Su imagen cada vez más y más en esta vida, y perfectamente en la vida venidera. Creyente, cualquiera que sea tu deficiencia ahora, por la gracia de Dios, esto es lo que Él está haciendo en ti, y pronto lo verás, para la gloria de Cristo.

En segundo lugar, una advertencia. Es importante recordar que la santificación no conduce ni causa la salvación. No buscamos primero ser santos para que luego Dios nos salve. En cambio, la salvación conduce a la santificación. De hecho, la santificación es parte de la salvación. Aquellos que son salvos por gracia mediante la fe en Cristo son santificados por esa misma gracia que los ha salvado. Solo aquellos que confían en Cristo serán santificados. Así que primero debemos confiar en Cristo. Nunca olvides eso. Si te sientes convencido de tus pecados cuando miras la ley de Dios, tu primer paso no es decir: «Ahora voy a cumplir la ley de Dios». Tu primer paso es decir: «Ahora necesito a aquel que cumplió la ley de Dios, para que Él me perdone, y por su gracia también me santifique».

Finalmente, si tú y yo queremos una mayor semejanza a Dios, como creyentes, debemos estar mucho con Cristo por la fe. Al abrir su Palabra, buscamos a Cristo. Al asistir al culto público, buscamos a Cristo. Aprende sus promesas. Memoriza sus promesas. Pero también asegúrate de suplicar sus promesas. Y al hacerlo, que experimentes la bendición de extraer vida de Cristo, quien es tu vida, y de reflejar mejor la gloria de la imagen de Dios en tu vida, hasta el día en que sea perfeccionada por su gracia.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.